

## Josep Pla: biografía, autobiografía, autoficción

El escritor catalán Josep Pla (1897-1981) no ha tenido que pasar el mismo tipo de purgatorio crítico al que parecen condenados muchos creadores después de su desaparición. Más de quince años después de su muerte, una bibliografía heterogénea y apasionante ha ido recordando regularmente la figura de Josep Pla y afronta ya con el rigor necesario el cómo y el porqué de la compleja obra autobiográfica de un autor considerado demasiado a menudo como excesivamente unidimensional. Es cierto que a su larga y compleja evolución ideológica, al considerable número de anécdotas y de pequeñas leyendas que su biografía suscitó y a las polémicas sobre su discurso ideológico y sobre las manipulaciones y voluntarias deformaciones existentes en su obra sobre su propia biografía, no faltó nunca (como mínimo desde 1925, fecha de publicación de su primer libro) el apoyo incondicional de los lectores a sus libros.

Efectivamente, Josep Pla, autor polémico y polemista, sigue siendo hoy en día el escritor catalán más leído, pero sin duda es también el más controvertido, el más excéntrico y el más inclasificable de la literatura catalana contemporánea: «Ningún interés me liga a las fuerzas estáticas del país –ni en la posición que tienen hoy de cosa existente ni en la que tendrán mañana, de simple recuerdo. [...] Yo navego contra la corrupción de la corriente. Yo no soy un producto de mi tiempo; soy un producto contra mi tiempo», escribía en *El quadern gris*, su libro más importante, el 20 de junio de 1919<sup>1</sup>. Aprovechándose de su presencia en la prensa, desacreditando mediante un uso insistente de la *boutade* y de la ironía las verdaderas características de su personalidad, Josep Pla consiguió proyectarse públicamente rodeado de los filtros necesarios para llegar a ser no sólo un escritor popular y de culto a la vez, sino también un personaje de gran dimensión social que aún hoy continúa suscitando en Cataluña una sorprendente idolatría de la que, como mínimo, puede decirse que ha tenido de positivo que ha evitado una mistificación ciega

<sup>1</sup> Cito a partir de la traducción castellana de Dionisio Ridruejo y Gloria de Ros, *El cuaderno gris. Un diario, publicada por Ediciones Destino, Colección Áncora y Delfín 464, Barcelona, 1975, p. 528-529.*

de su obra. Hoy, sesenta años después de la guerra civil española, las nuevas generaciones no pueden evitar estudiar su obra con la objetividad, el rigor y la distancia crítica indispensables para toda reflexión teórica. En este sentido, no pueden dejar de recordarse las palabras del crítico valenciano Joan Fuster, quien pedía a la crítica literaria el necesario aprendizaje que, *sine ira et studio*, debe permitirle admirar a un escritor sin necesariamente identificarse con su discurso ideológico<sup>2</sup>. Con todo, el nombre de Josep Pla y sus opiniones aparecen día sí y día también en las páginas de la prensa de Barcelona y, en menor medida, de Madrid y son frecuentes las referencias de escritores y periodistas de lengua catalana (Baltasar Porcel, Terenci Moix, Josep M. Castellet...) o de lengua española (Camilo José Cela, Francisco Umbral, Antonio Muñoz Molina...) que reconocen en su obra, más allá de las divergencias ideológicas, a un escritor que presenta uno de los proyectos literarios más ambiciosos de la narrativa hispánica del siglo XX y que constituye el más fecundo ejemplo de la prosa catalana de este siglo, pieza inclasificable del canon literario catalán, sólo equiparable por su calidad a los narradores Víctor Català, Joaquim Ruyra y Mercè Rodoreda o a los ya habitualmente designados como cinco poetas clásicos del siglo, es decir, Josep Carner, J. V. Foix, Carles Riba, Salvador Espriu y Gabriel Ferrater.

Escritor y periodista, grafómano, viajero incansable, autor de unas obras completas de más de cuarenta volúmenes escritos en catalán, y de más de una docena de libros en castellano, gran lector de Montaigne y de Leopardi, incondicional de los moralistas franceses de los siglos XVII y XVIII, (especialmente de La Bruyère, de La Rochefoucault, de Voltaire, de Joubert), admirador de Lawrence Sterne y de Marcel Proust, seguidor entusiasta de la obra de Pío Baroja, de Ernest Hemingway y de Georges Simenon, corresponsal de prensa en París, Berlín, Londres y Madrid entre las dos guerras mundiales...: no son suficientes todas estas palabras para definir y resumir la obra de Josep Pla. Verdadero Sísifo, Josep Pla es un autobiógrafo que manifiesta una voluntad de totalización de la realidad a través de miles de páginas de escritura, gracias a una prosa bulímica y desbordante, a un estilo vivaz y sensual no exento de ironía mordaz y de cinismo, a una mirada penetrante sobre la realidad cotidiana que singularizan a una literatura concebida ante todo como un «esfuerzo contra el olvido». Sólo una vida obsesivamente dedicada a la escritura permite quizás comprender el alcance de una vocación apasionada a la que fatalmente el joven escritor tuvo que dedicarse. Así lo definía él mismo en uno de los párrafos más importantes de *El quadern gris*, fechado el 23 de diciembre de 1918: «Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión –ni la ilusión de las mujeres, ni la del dine-

<sup>2</sup> Joan Fuster, «Els inèdits d'en Pla», en Serra d'Or, junio 1981, p. 44.

ro, ni la de llegar a ser alguna cosa en la vida—, nada más sentir esta secreta y diabólica manía de escribir —con tan poco resultado—, a la cual sacrifico todo, a la cual, probablemente, sacrificaré todo en la vida. Me pregunto: ¿qué es preferible: un pasar mediocre, alegre y conformado o una obsesión como ésta, apasionada, tensa, obsesionante?».

Josep Pla presenta uno de los pocos ejemplos de la literatura hispánica contemporánea de construcción de una verdadera obra-vida a través de un complejísimo proceso de automitificación que se desarrolla en un flujo ininterrumpido de escritura que acompaña a la vida y a la memoria del escritor y que sólo la muerte parece haber sido capaz de interrumpir. Además, Josep Pla es un prosista que empieza a publicar en un momento, a mediados de los años veinte, en que puede constatarse una cierta «crisis de la ficción» que le obligó a reflexionar y a tratar de manera muy personal las relaciones entre la ficción y la realidad, entre la experiencia imaginaria y la experiencia vivida. Para todos los escritores como Josep Pla en quienes la crisis de la novela se manifestó ante todo como una crisis de la ficción, las formas autobiográficas terminaron presentándose como un verdadero sustituto, como un *recurso* narrativo completo. Dentro de esta evolución perceptible de las formas novelescas hacia las formas autobiográficas, que acabó originando una ficción autobiográfica en detrimento de la ficción novelesca estricta, la obra y el pensamiento literario de Josep Pla se consolidaron como un ejemplo literatura caracterizada por el signo omnipresente de la autobiografía, ya que el escritor es su único protagonista, y que presenta una eficaz cohesión. Compuesta esencialmente de falsos diarios íntimos, de narraciones pseudoautobiográficas, de libros de viajes más o menos reconstituídos, de retratos y de numerosos autorretratos, de crónicas políticas y de biografías, la obra de Pla constituye un ejemplo de autobiografía polimórfica que no cesa de interrogar constantemente al lector al situarse voluntariamente, pero siempre de forma problemática, en un espacio autobiográfico en el que toda desviación a las reglas y a las leyes del género parece ser la norma. Pero se equivocaría quien tomara a Pla por un simple polígrafo, por un curioso forzado a la superficialidad, porque existe también un Pla autor de novelas, un narrador excelente generalmente negligido por la crítica, un Pla autor de ficciones pseudoautobiográficas que se divierte jugando a desvirtuar las reglas más rígidas de la historia de la literatura para elaborar una obra literaria que no parece pertenecer a ningún género literario pero que los integra y los desborda a todos a la vez.

Durante toda su vida, Josep Pla se forjó una biografía propia, un conjunto de imágenes sucesivas que él mismo se encargó de divulgar insistentemente, presentándose primero como un simple periodista y, posteriormente, con la máscara que le aportaría una mayor audiencia: la del payés socarrón del Ampurdán. Como una anguila, Pla hizo de la ambi-

güedad y de la metamorfosis, de la ironía y de la irresponsabilidad, los principales elementos de su presentación pública, mostrando una predilección especial por todo lo que se relaciona con la máscara y la simulación. De libro en libro, de polémica en polémica, su escritura se mostró como un medio para conocerse y para disimularse, un ejemplo de escritura egotista en la que la verdad y la sinceridad jugaron siempre un papel subordinado al de la verosimilitud. Pla, que se sirve de la célebre frase de Stendhal, atribuida a Saint-Réal, según la cual la novela *c'est un miroir qu'on promène le long du chemin*, pretende concebir su obra únicamente como espejo de su vida y consiguió crearse un personaje ante el cual se hace hoy en día difícil deshacerse del conjunto de imágenes, de tópicos y de toda clase de anécdotas que rodean su existencia y que esconden su verdadera personalidad. No debe ser inútil el fijarnos en este detalle: si Pla no hace más que presentarse como un autobiógrafo o como un memorialista, la ausencia reiterada en su obra de algunos de los aspectos básicos de su biografía (por ejemplo, de su infancia y adolescencia, o el secreto que envuelve su relación con la mujer con la que vivió durante más de quince años de la que nada dice en su obra y con la que los biógrafos no saben siquiera si se casó) o las deformaciones, plagios y «mentiras al servicio de la realidad» que el lector encuentra en sus escritos bastarían para ilustrar la distancia evidente que parece existir entre su biografía y su obra pretendidamente autobiográfica y la necesidad de establecer unos nuevos parámetros de estudio de su obra en los que hay que reconocer que, como para la obra de Fernando Pessoa (un escritor con el que presenta paralelismos inauditos), las escrituras del yo, como todas las formas de la memoria, se rigen por procedimientos narrativos comunes a la narrativa de ficción. Las últimas novedades que presenta la bibliografía especializada sobre la vida de Josep Pla, cegada quizás por el intento de encontrar en su vida la razón de ser de su obra, no han hecho más que aumentar los misterios, los enigmas y las sombras que envuelven a un hombre del que podríamos afirmar (como así lo hacía el crítico francés Gérard Genette sobre Stendhal) que nadie sabe exactamente a quién veía, qué libros escribió realmente o qué viajes realizó en concreto.

Aunque Josep Pla dejó siempre sin respuesta la cuestión del estatuto genérico de su obra, el autor no quiso nunca considerarse un novelista, sino más bien un autobiógrafo que se adhería casi de forma militante a un concepto de la literatura fundado en la observación y en la descripción de la realidad. De ahí que ciertos juicios sobre la obra de Pla destaquen sobre todo el aspecto visual, el detallismo, el estilo vivaz, de gran colorido plástico de sus descripciones, y que algunos elogios, como el de Claudio Guillén, se emitan siguiendo la fórmula horaciana del *ut pictura poesis*: «Uno de los paisajistas más intensos de nuestro siglo es el extra-

ordinario prosista catalán Josep Pla, que admiró a muchos artistas (Rusiñol, Manolo), pero que ante todo miró, vio y escribió con pasión, con inagotable capacidad de atención a la vida»<sup>3</sup>. Porque Pla, efectivamente, insiste, y lo ha leído y creído así desde siempre la crítica literaria catalana, al menos hasta hace poco años, en presentarse como un autor «realista», como un ejemplo de literatura referencial, a medio camino entre la escritura memorialista, la crónica y el reportaje periodístico, eligiendo siempre términos propios a la literatura del yo como «memorias», «larga autobiografía» u «hojas de un vasto diario íntimo» para afirmar su identificación con este tipo de escritura. Influido por el memorialismo del duque de Saint-Simon y por los dietarios, libros de viajes y textos autobiográficos de Stendhal, e inclinado como Proust al análisis, la memoria y la evocación de ambientes y figuras, Josep Pla elegirá, también según Claudio Guillén, «los cauces de la literatura en apariencia no imaginaria para penetrar y poseer la complejidad de la experiencia vivida»<sup>4</sup>.

La mayor parte de los escritos de Josep Pla presentan como eje unificador del texto una cierta técnica narrativa del yo. De esta forma, el buen lector reconoce inmediatamente un texto de Pla, y el buen lector de Pla sabe que leer sólo un fragmento de sus obras es suficiente para conocer toda su escritura. Los textos de Pla, a menudo fragmentarios, «descosidos», en los que la descripción se alterna constantemente con la narración, en los que los párrafos se suceden en un aparente desorden, poseen como único pretexto unitario el funcionamiento de un yo literario, de un yo narrativo que comunica los distintos niveles textuales y que asegura, por encima de todo, su unidad y su coherencia. Está pues fuera de dudas que, desde el punto de vista del sistema general del texto, la obra de Josep Pla se inscribe dentro de las modulaciones de la escritura o del pacto autobiográfico. El uso de la primera persona narrativa permite al escritor hacer coincidir, aunque de forma problemática, al sujeto de la experiencia con el sujeto de la escritura. De esta manera, puede decirse que toda forma de escritura del ego de Josep Pla es siempre la de un *ego scriptor*. Desde su adolescencia, Pla se propone hacer avanzar la vida y la escritura al mismo ritmo. Joan Fuster fue el primer crítico que utilizó, en un sentido admirativo, el concepto de grafomanía para expresar la sorpresa que producen las dimensiones de la obra de Josep Pla. Sólo una vida obsesivamente dedicada a la escritura permite quizás comprender el alcance de una vocación apasionada a la que fatalmente el joven escritor

<sup>3</sup> Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, *Crítica*, p. 127.

<sup>4</sup> Claudio Guillén, «Sobre las semblanzas de Josep Pla», en *Actes del segon col·loqui d'estudis catalans a Nord-amèrica* (Yale, abril), Barcelona, *Publicacions de l'Abadia de Montserrat*, 1982, p. 275.